

Nociones comunes.

Experiencias y ensayos entre investigación y militancia

Prólogo¹

A lo largo de la historia contemporánea, es posible rastrear, en los movimientos de transformación, un persistente recelo hacia determinadas formas de producción y transmisión del saber. Por un lado, recelo de las ciencias que ayudaban a una mejor organización del mando y de la explotación y recelo de los mecanismos de captura de los *saberes menores* (subterráneos, fermentados entre malestares e insubordinaciones, alimentados por procesos de cooperación social autónoma o en rebeldía)² por parte de las agencias encargadas de garantizar la gobernabilidad. Por otro lado, también, en muchos casos, recelo de las formas ideológicas e icónicas del saber supuestamente «revolucionario» y recelo de las posibles derivas intelectualistas e idealistas de saberes en principio nacidos en el seno de los propios movimientos. Este recelo ha llevado en ocasiones a la impotencia; en los procesos más vivos y dinámicos de lucha y autoorganización, ha sido un acicate para producir conocimientos, lenguajes e imágenes propios, a través de procedimientos también propios de articulación entre teoría y praxis, partiendo de la realidad concreta, procediendo de lo simple a lo complejo, de lo concreto a lo abstracto, con el objeto de ir creando un horizonte teórico adecuado y operativo, muy pegado a la superficie de la vida, donde la simplicidad y concreción de los elementos de los que se ha partido adquieren significado y potencia.

Hoy, en los albores del tercer milenio, cuando la realidad de nuestras madres y abuelos parece haber estallado (con la derrota de los movimientos antisistémicos del periodo posterior a 1968, el fin del mundo de Yalta, el eclipse del espacio geopolítico del Tercer Mundo, la desaparición del sujeto «movimiento obrero», la destitución del paradigma industrial, la innovación informática y tecnológica, la automatización, desterritorialización y reorganización productivas, la financiarización y globalización de la economía, la afirmación de una forma-Estado basada en la guerra como vector de producción normativa...)³ y cuando lo único que se mantiene constante es el propio cambio, cambio vertiginoso, la necesidad de deshacerse de fetiches y bagajes ideológicos, demasiado preocupados por el Ser y la esencia, y de construir, desde las dinámicas de autoorganización social, mapas operativos, cartografías en proceso, para poder intervenir en lo real, y acaso transformarlo, se hace aún más acuciante. Mapas para orientarnos y movernos sobre un paisaje de relaciones y dispositivos de dominación en acelerada mutación. Pero también mapas que nos ayuden a situarnos en ese paisaje hipersegmentado, a definir un punto de partida y de decantación, un lugar donde producción de conocimiento y producción de subjetividad converjan en la construcción de lo común, sacudiendo lo real.

1 Este artículo constituye el prólogo de un libro sobre investigación militante publicado bajo el mismo título por la editorial Traficantes de sueños en 2004. El volumen es el resultado de un diálogo multicanal entablado con diferentes grupos e individuos que, entre las décadas de 1990 y 2000, estaban ensayando formas de producción de conocimiento comprometidas y arraigadas en movimientos de transformación.

2 Sobre la noción de saberes menores, véase las obras de Gilles Deleuze y Félix Guattari, en especial, *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Pre-Textos, Valencia, 1997.

3 Véase Sánchez, Pérez, Malo y Fernández, «Ingredientes de una onda global», manuscrito inédito escrito en el marco de la investigación *Desacuerdos*: www.desacuerdos.org.

Esta necesidad se ve acentuada, más si cabe, por la centralidad que el conocimiento y toda una serie de facultades humanas genéricas (lenguaje, afectos, comunicatividad, capacidades de relación, juego y cooperación...) han adquirido en la determinación del valor económico de cualquier empresa y, en términos más generales, en la competición en la jerarquía económica global, convirtiéndose en resortes estratégicos –desde el punto de vista capitalista– de la producción de beneficio y en interfaz de una economía flexible, deslocalizada y en red. A todas estas transformaciones va asociada, desde el punto de vista del trabajo, la figura del *virtuoso*: ese trabajador, hasta ahora considerado improductivo, que no deja tras de sí un producto tangible, sino cuya tarea se basa en una ejecución o *performance* –en favorecer y gestionar el flujo de informaciones, en tejer y armonizar relaciones, en producir ideas innovadoras, etc. La figura del virtuoso desafía en su quehacer las tradicionales divisiones entre Trabajo, Acción e Intelecto (Hannah Arendt): el intelecto, puesto al servicio del trabajo, se vuelve público, mundano, pasando a primer plano su naturaleza de bien común; al mismo tiempo, el trabajo, imbuido de intelecto, se vuelve actividad-sin-obra, *virtuosismo* puro que se ejecuta en relación con el *otro*, con los *otros* que componen las redes productivas; por último, en la unión de intelecto y trabajo y la adopción por parte de ambos de propiedades hasta ahora específicas de la acción, esta última queda eclipsada, una vez borrada su especificidad⁴.

En relación con todo ello (en ningún caso como consecuencia unívoca, directa, pero sí en compleja y paradójica relación), se registra dentro de las redes sociales que persiguen transformar el estado de cosas presente (y dentro de una composición social que ya es, de por sí, *virtuosa*, que está obligada a serlo para sobrevivir en el alambre) una peculiar proliferación de experimentaciones y búsquedas entre el pensamiento, la acción y la enunciación: iniciativas que se preguntan cómo romper con los filtros ideológicos y los marcos heredados, cómo producir conocimiento que beba directamente del análisis concreto del territorio de vida y cooperación y de las experiencias de malestar y rebeldía, cómo poner a funcionar este conocimiento para la transformación social, cómo hacer operativos los saberes que ya circulan por las propias redes, cómo potenciarlos y articularlos con la práctica... en definitiva, cómo sustraer nuestras capacidades mentales, nuestro intelecto, de las dinámicas de trabajo, de producción de beneficio y/o gobernabilidad, y aliarlas con la acción colectiva (subversiva, transformadora), encaminándolas al encuentro con el acontecimiento creativo.

Ciertamente, estas preguntas no son nuevas, aunque el contexto en el que se plantean sí que lo sea, y, de hecho, muchas de las experiencias que se las hacen han echado la vista atrás, en busca de referencias en el pasado en las que la producción de saber estuviera ligada de manera inmediata y fructífera con procesos de autoorganización y dinámicas de lucha. En este sentido, es posible identificar en la historia reciente cuatro grandes filones de inspiración: la encuesta y la coinvestigación obreras, los grupos de autoconciencia de mujeres y la epistemología feminista, el análisis institucional y, por último, la Investigación Acción Participante o IAP. Todos ellos merecen, por su riqueza e interés, un breve repaso, a modo de *excursus* histórico que permita situar la discusión y las trayectorias actuales de investigación militante e investigación-acción. Dedicaremos a ello buena parte de este prólogo.

4 Paulo Virno, «Virtuosismo y revolución. Notas sobre el concepto de acción política», en *Virtuosismo y revolución. La acción pública en la era del desencanto*, Traficantes de sueños, Madrid, 2003, pp. 89-116.

Algunas fuentes de inspiración

La encuesta y la coinvestigación obreras.

La encuesta obrera, esto es, el uso *de parte* obrera de las técnicas de la sociología industrial académica (desarrollada y empleada fundamentalmente, no lo olvidemos, para el mejor gobierno de fábricas y barrios), se remonta al propio Karl Marx. En 1881, la *Revue Socialiste* solicita a Marx la elaboración de una encuesta sobre la situación del proletariado francés. Marx acepta el encargo de inmediato, porque considera necesario que el movimiento y las sectas obreras de Francia, tan dadas a la fraseología vacía y al utopismo, sitúen la lucha en un terreno más realista, y redacta una peculiar encuesta con casi cien preguntas, de la que se repartirán miles de copias por todas las fábricas del país. ¿Por qué peculiar? Porque se niega a un acercamiento neutro al mundo laboral, dirigido exclusivamente a extraer informaciones útiles o a constatar una situación o unos hechos y se coloca, abiertamente, *de parte* (de la realidad obrera), con preguntas que a ojos de un sociólogo empiricista resultarían a todas luces tendenciosas: no buscan tanto sacar datos de la experiencia directa, sino, en primer lugar, hacer que los obreros *piensen* (críticamente) sobre su realidad concreta⁵.

La idea de la «coinvestigación», esto es, de una investigación social que rompe con la división entre sujeto investigador y sujeto investigado, en cambio, no aparecerá hasta los años 50, en Estados Unidos, en plena efervescencia de la sociología industrial y del análisis de los grupos humanos como campo específico de la investigación sociológica (la sociología de las «*human relations*» de Elton Mayo⁶), por un lado, y de los *relatos obreros*⁷, por otro. Sin embargo, este alumbramiento es puramente sociológico. Será el italiano Alessandro Pizzorno quien, importándola a Europa, le dará valencia política, y un grupo de intelectuales-militantes italianos, con influencias francesas (entre los que se encuentran Romano Alquati y Danilo Montaldi⁸) quienes, en torno a 1956-1957, empezarán a transformarla y radicalizarla con su aplicación práctica en la provincia de Cremona.

Durante los años 60 y 70, el uso de la encuesta y de la coinvestigación obreras se extiende bajo distintas formas: utilizada como dispositivo de análisis de las formas de

5 Yaak Karsunke y Gunther Wallraff, *Karl Marx. Encuesta a los trabajadores*, Castellote editor, Madrid, 1973. En las tres primeras partes del cuestionario, las preguntas se centran en el análisis de la naturaleza de la propia explotación, mientras que, en la última sección, se trata de incitar a los obreros a pensar sobre los modos de oposición a esta explotación.

6 Véase, por ejemplo, Elton Mayo, *Problemas humanos de una civilización industrial*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.

7 Relatos en primera persona de la vida en la fábrica. Un ejemplo precioso lo representa el texto de Paul Romano y Ria Stone, *El obrero americano*, sobre las condiciones obreras y la relación clase-fábrica-sociedad (*The american worker*, Bewick Editions, Detroit, 1972; publicado originalmente como panfleto en 1947 por la *Johnson-Forest Tendency* de C. L. R. James y Raya Dunayevskaya y traducido al italiano por Danilo Montaldi).

8 Lejos de la figura del intelectual orgánico de Gramsci, estos intelectuales-militantes cuentan con una larguísima trayectoria, que incluye la creación del *Gruppo di Unità Proletaria* (Cremona, 1957-1962), la participación (en especial Alquati) en revistas como *Quaderni Rossi*, madre del *operaismo* italiano, y fuertes lazos internacionales, en especial Montaldi, con grupos como el francés *Socialisme ou Barbarie*. Alquati, más joven que Montaldi, aprenderá de éste y de sus referencias internacionales (autores como Daniel Mothé, Paul Romano o Martin Glbaermann) a conceder un especial valor a la conflictividad subterránea de las redes de comunicación material que los trabajadores construían para enfrentarse cada día a la férrea organización empresarial y para «rechazar» el trabajo (base de otras conflictividades más visibles e irruptivas).

explotación y dominio en la fábrica y en los barrios y como mecanismo de rastreo de las formas de insubordinación obreras por los equipos de revistas como *Quaderni Rossi* y *Quaderni del territorio* (Italia) o grupos como *Socialisme ou Barbarie* (Francia), pero también impulsada desde los propios espacios obreros, de manera más o menos intuitiva, sin la intervención de teóricos o «expertos» exteriores a los procesos de autoorganización, como método para la construcción de las plataformas reivindicativas⁹. En el Estado español, las revistas *Teoría y práctica* y *Lucha y teoría* desarrollarán sus propias formas de investigación obrera, dirigidas especialmente a hacer una historia de la lucha de clases «narrada por sus propios protagonistas» (como rezaba el subtítulo de *Teoría y práctica*).

Desde nuestro punto de vista, merece especial atención el uso que la encuesta obrera tuvo en el seno del *operaismo* [obrerismo] italiano. Los jóvenes *opeaisti*, reunidos en un primer momento en torno a la revista *Quaderni Rossi*¹⁰, creían que la crisis que experimentaba el movimiento obrero en los años 50 y principios de los 60 no podía interpretarse exclusivamente en función de los errores teóricos o de las traiciones de la dirigencia de los partidos de izquierda (como rezaba la ortodoxia del movimiento obrero de orientación comunista y anarcosindicalista), sino que se debía, ante todo, a las transformaciones que la Organización Científica del Trabajo había introducido en la estructura de los procesos productivos y en la composición de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, el uso de la encuesta iba dirigido a revelar la «nueva condición obrera», así como la realidad de los nuevos sujetos conflictivos en condiciones de retomar y reimpulsar las reivindicaciones obreras, y adquirió, en la práctica y el discurso de los *operaisti*, una gran centralidad.

No obstante, desde el comienzo, hubo divergencias respecto a la forma de enfocar la encuesta. Tal como nos cuenta Damiano Palano, «desde la formación del primer grupo de los *Quaderni Rossi* surgió, de hecho, una fractura más bien neta respecto al modo en el que llevar adelante la encuesta obrera y sobre los fines que ésta debería proponerse: por un lado, estaba la componente, entonces mayoritaria, de los "sociólogos" (encabezada por Vittorio Rieser)¹¹, que entendía la encuesta como un instrumento cognoscitivo de la realidad obrera transformada, dirigido a proporcionar el estímulo para una renovación teórica y política de las instituciones del movimiento obrero oficial; por el otro, en cambio, estaban Alquati y pocos más (Soave y Gasparotto), que, en base a experiencias de fábrica estadounidenses y francesas, consideraban la encuesta como el presupuesto de una intervención política encaminada a organizar la conflictividad obrera. Se trataba de una divergencia notable desde el punto de vista de los objetivos concretos, pero todavía mayor era la distancia que separaba las dos componentes en el plano del método: en realidad, mientras los primeros "actualizaban" la teoría marxista con temas y métodos elaborados por la sociología industrial norteamericana, Alquati proponía una especie de inversión estratégica en el estudio de la fábrica»¹².

9 Véase, a este respecto, «Entre las calles, las aulas y otros lugares. Una conversación acerca del saber y de la investigación en/para la acción entre Madrid y Barcelona», en esta misma publicación, pp. XX.

10 Fundada y dirigida por el anómalo disidente socialista Raniero Panzieri, se publicó de 1961 hasta 1965.

11 Alquati les llamará los «jóvenes sociólogos socialistas»: aparte de Vittorio Rieser, participaban de esta orientación intelectuales como Dino de Palma, Edda Salvatori, Dario Lanzardo y Liliana Lanzardo.

12 Damiano Palano, «Il bandolo della matassa. Forza lavoro, composizione di classe e capitale sociale: note sul metodo dell'inchiesta», en <http://www.intermarx.com/temi/bandolo.html>. La traducción y nota son mías.

¿En qué consistía esta inversión estratégica propuesta por Alquati, ese mismo Alquati que había desarrollado la coinvestigación junto a Danilo Montaldi y a quien tantos recuerdan yendo con su bicicleta a las fábricas de la Fiat y de la Olivetti? ¿Cuáles eran las bases de ese giro epistemológico y de método que recorrería los usos más interesantes de la encuesta obrera dentro del *operaismo* italiano? En pocas palabras: una *teoría de la composición de clase*, que más tarde se completaría con una *teoría de la autovalorización obrera*, y que se fundía con la teoría del punto de vista obrero de inspiración lukàcsiana y con la revolución copernicana inaugurada por otro *operaista*, Mario Tronti, en el presupuesto implícito de una *autonomía obrera*, esto es, de una autonomía potencial de la clase obrera con respecto al capital. Pero vayamos por partes.

La noción de composición de clase designa la estructura subjetiva de las necesidades, los comportamientos y las prácticas conflictivas, sedimentados a lo largo de las luchas. El primer desarrollo de este concepto aparece en los primeros escritos de Alquati publicados en los *Quaderni Rossi*, aunque su formulación «orgánica» tendrá que esperar algún tiempo, hasta que la revista *Classe Operaia*¹³, en su segundo año de trayectoria, decida incluir una sección específica con este mismo nombre, dirigida por el propio Alquati. Es así como la expresión entra en el vocabulario *operaista*.

Pero ¿cuáles son los elementos fundamentales de la teoría de la composición de clase? Básicamente tres: la idea de que existe un conflicto subterráneo y silencioso protagonizado cotidianamente por los obreros contra la organización capitalista del trabajo; la concepción de que la jerarquía empresarial en realidad no es más que una respuesta a las luchas obreras; y la intuición de que todo ciclo de luchas deja residuos políticos que se cristalizan en la estructura subjetiva de la fuerza de trabajo (como necesidades, comportamientos y prácticas conflictivas) y que manifiestan ciertas cotas de rigidez e irreversibilidad.

Pronto, la teoría de la composición de clase se complejiza con una distinción entre «composición técnica» y «composición política», esto es, entre la realidad de la fuerza de trabajo dentro de la relación de capital en un determinado momento histórico y el conjunto de comportamientos (antagonistas) que, en ese momento, definen la clase. Si bien hubo filones obreristas¹⁴ que mataron la riqueza teórica de esta distinción y de la noción misma de composición de clase, reduciendo la composición técnica a puro factor económico e identificando la composición política con el partido (y con las ideologías y organizaciones del movimiento obrero), la teoría de la *autovalorización* (desarrollada en la década de 1970 por Antonio Negri), como proceso de composición de la clase, vino precisamente a consolidar una interpretación opuesta: la definición de la composición política como el resultado de comportamientos, tradiciones de lucha y prácticas concretas de rechazo del trabajo (todos ellos exclusivamente materiales) desarrollados por sujetos múltiples en una fase histórica determinada y en un contexto económico y social específico.

Las implicaciones de la teoría de la composición de clase y de la teoría de la autovalorización para la encuesta obrera son cruciales. Mientras que en el caso de los «jóvenes sociólogos socialistas» de los *Quaderni Rossi*, la encuesta se limitaba a

13 Publicada entre 1964 y 1967, cuenta en su comité de redacción con una buena parte del grupo de los *Quaderni Rossi* (Mario Tronti, Romano Alquati, Alberto Asor Rosa y Antonio Negri), que habían abandonado esta última por desacuerdos con la fracción de Raniero Panzieri.

14 En especial, el encabezado por Massimo Cacciari y que poco después se integraría en el Partido Comunista Italiano.

considerar los «efectos» que las transformaciones productivas tenían sobre los trabajadores, sobre sus condiciones físicas y psicológicas, sobre su situación financiera y sobre otros aspectos particulares de su vida, el otro filón de la encuesta *operaista*, aquel impulsado por la idea de la composición de clase como producto históricamente sedimentado de las luchas precedentes y, al mismo tiempo, como resultado constantemente renovado por el proceso de autovalorización anclado en la materialidad de las prácticas insumisas de sujetos productivos múltiples, obligaba a partir de los niveles consolidados del antagonismo social para recorrer el hilo subterráneo y con frecuencia invisible de los malestares y las insubordinaciones cotidianas¹⁵.

Este enfoque de la encuesta obrera imponía, asimismo, un paso del simple cuestionario a procesos de coinvestigación: esto es, de inserción, también subjetiva, de los intelectuales-militantes que investigaban en el territorio-objeto de investigación (casi siempre la fábrica, a veces, también, los barrios), lo cual les convertía en sujetos-agentes adicionales de ese territorio, y de implicación activa de los sujetos que habitaban ese territorio (fundamentalmente, obreros, en alguna ocasión, estudiantes y amas de casa) en el proceso de investigación, lo cual, a su vez, convertía a estos últimos en sujetos-investigadores. Cuando este doble movimiento funcionaba de verdad, la producción de conocimiento de la investigación se mezclaba con el proceso de autovalorización y de producción de subjetividad rebelde en la fábrica y en los barrios¹⁶.

Los grupos de autoconciencia de mujeres y la epistemología feminista

Aunque sus antecedentes pueden rastrearse siglos atrás, en las reuniones informales de mujeres y en experiencias como las de los grupos de mujeres negras del *Blackclubwomen's Movement* tras la guerra de secesión estadounidense y la abolición de la esclavitud (1865)¹⁷, los grupos de autoconciencia en sentido estricto nacen en el seno del feminismo radical estadounidense a finales de la década de 1960. Será Kathie Sarachild quien, en 1967, en el marco de las *New York Radical Women*, bautizará esta práctica de análisis colectivo de la opresión, a partir del relato en grupo de las formas en las que cada mujer la siente y experimenta, como *autoconciencia* [*consciousness-raising*].

Desde sus orígenes, los grupos de autoconciencia de mujeres se proponían, según los términos de las feministas radicales, «despertar la conciencia latente» que todas las mujeres tenían de su propia opresión, para propiciar la reinterpretación política de la propia vida y poner las bases para su transformación. Con la práctica de la autoconciencia se pretendía, asimismo, que las mujeres de los grupos se convirtieran en auténticas expertas de su opresión, construyendo la teoría desde la experiencia personal e íntima y no desde el filtro de ideologías previas. Por último, esta práctica buscaba

15 Véase Damiano Palano: «Il bandolo della matassa», cit.

16 Para más información sobre el uso de la encuesta y otros aspectos del obrerismo italiano, desde un punto de vista interior a la propia experiencia, véanse, entre otros, Guido Borio, Francesca Pozzi y Gigi Roggero, *Futuro anteriore. Dai «Quaderni rossi» ai movimenti globali: ricchezze e limiti dell'operaismo italiano*, DeriveApprodi, Roma, 2002, y Nanni Balestrini y Primo Moroni, *L'Orda d'oro. 1968-1977: La grande ondata rivoluzionaria e creativa, politica ed esistenziale*, Feltrinelli, Milán, 1988.

17 El *Blackclubwomen's Movement* estaba constituido por asociaciones de apoyo mutuo, compuestas exclusivamente por mujeres, que daban soporte emocional y práctico a las mujeres esclavas recién manumitidas.

revalorizar la palabra y las experiencias de un colectivo sistemáticamente inferiorizado y humillado a lo largo de la historia.

La consigna «lo personal es político» nació de esta misma práctica, para la que se reivindicaba el estatuto de «método científico» con raíces en las revoluciones y luchas pasadas. En palabras de la propia Kathie Sarachild «la decisión de hacer hincapié en nuestros sentimientos y experiencias como mujeres y de contrastar todas las generalizaciones y lecturas que habíamos realizado con nuestra propia experiencia constituía en realidad un método científico de investigación. De hecho, estábamos repitiendo el desafío que la ciencia del siglo XVII lanzó al escolasticismo, "estudiar la naturaleza, no los libros" y someter todas las teorías a la prueba de la práctica viva y de la acción. Se trataba, asimismo, de un método de organización radical probado por otras revoluciones. Estábamos aplicando a las mujeres y a nosotras mismas, como organizadoras de la liberación de las mujeres, la práctica que muchas de nosotras habíamos aprendido como organizadoras en el movimiento por los derechos civiles en el sur, a principios de la década de 1960»¹⁸.

Las impulsoras de los grupos de autoconciencia tenían además la certeza de que la única vía para construir un movimiento radical pasaba por *partir de sí*, otra consigna que popularizaron en el movimiento feminista: «parecía claro que saber cómo se relacionaban nuestras vidas con la condición general de las mujeres nos convertiría en mejores luchadoras en nombre de las mujeres en su conjunto. Creíamos que todas las mujeres tendrían que ver la lucha de las mujeres como propia, y no como algo sólo para ayudar a "otras mujeres", que tendrían que descubrir esta verdad sobre sus propias vidas antes de luchar radicalmente por nadie»¹⁹.

En consecuencia, los grupos de autoconciencia eran un mecanismo para producir al mismo tiempo verdad y organización, teoría y acción radical contra la realidad opresiva de género, y, por lo tanto, no eran ni una fase previa de análisis limitada en el tiempo, ni un fin en sí mismos: «la autoconciencia se consideraba simultáneamente como un método para llegar a la verdad y un medio para la acción y la organización. Era un mecanismo para que las propias organizadoras hicieran un análisis de la situación y, al mismo tiempo, un mecanismo disponible para las mujeres a quienes estas primeras estaban organizando y que, a su vez, organizaban a más gente. Del mismo modo, no se consideraba como una mera fase del desarrollo feminista, que conduciría a continuación a otra acción, a una fase de acción, sino como una parte esencial de la estrategia feminista global»²⁰.

En un primer momento, la creación de grupos de autoconciencia ocasionó gran escándalo, tanto dentro como fuera del propio movimiento de mujeres. Tildados despreciativamente de sesiones de «té con pastas», «gallineros» o «reuniones de brujas» (según los gustos, las tradiciones misóginas y los prejuicios), estos espacios fueron blanco de todo tipo de acusaciones, en especial de no ser «políticos», sino terapéuticos y de quedarse en lo «personal». La consigna «lo personal es político» antes mencionada se acuña precisamente al calor de estos torpedos críticos lanzados desde todas las

18 Kathie Sarachild, «Consciousness-Raising: A Radical Weapon», en *Feminist Revolution*, Random House, Nueva York, 1978, pp. 144-150. La versión digital puede verse en <http://scriptorium.lib.duke.edu/wlm/fem/sarachild.html>. La traducción es mía.

19 Ibid.

20 Ibid.

direcciones, con un espíritu afirmativo y desafiante que cuestionaba las bases del objeto «política» tal y como se había entendido hasta la fecha.

No obstante, pese al fragor de cuchillos inicial, la práctica de la autoconciencia se extendió como la pólvora: grupos y organizaciones de mujeres de todo el mundo (incluso aquellas que en un principio se habían indignado ante la impoliticidad de estas «reuniones de brujas», como las feministas liberales de la *National Organization for Woman*) empezaron a utilizarla, modulándola en función de sus necesidades. Hasta tal punto que, hacia la década de 1970, se registró una tendencia hacia la institucionalización y la formalización de la autoconciencia, que convertía esta práctica en un conjunto de reglas metodológicas abstraídas de los objetivos y del contexto concreto de movimiento en el que había nacido. A este respecto, Sarachild insistirá con firmeza en que la autoconciencia no constituye un «método», sino un arma crítica, declinable en función de los objetivos de lucha: «La parafernalia de las reglas y la metodología –el nuevo dogma de la "Auto-Conciencia", que ha crecido en torno a los grupos de autoconciencia a medida que éstos se han ido extendiendo– ha tenido el efecto de crear intereses particulares de los "expertos en metodología", tanto profesionales (por ejemplo, psiquiatras), como *amateurs*. Se ha publicado y distribuido entre los grupos de mujeres toda una serie de "reglas" o "directrices" para la autoconciencia con un aire de autoridad y como si representaran el programa original de la autoconciencia. Pero la fuente de la fuerza y del poder de la autoconciencia está en el conocimiento nuevo. Los métodos sólo están para servir a este objetivo y hay que cambiarlos si no funcionan»²¹. En definitiva, la base de la autoconciencia sólo era una, tan simple como complicada de poner en marcha: «analizar nuestras experiencias en nuestras vidas personales y en el movimiento, leer sobre la experiencia de lucha de otra gente y conectar estos dos ámbitos a través de la autoconciencia [para] mantenernos en el camino, moviéndonos lo más rápido posible hacia la liberación de las mujeres»²².

Es cierto que el excesivo énfasis en el nivel puramente consciente y la idea de que existía en todas las mujeres una «conciencia latente» de la propia opresión en cuanto mujeres que no había más que hacer aflorar, hicieron que algunos grupos acabaran creyendo en una «conciencia verdadera» (como objeto preexistente y no como algo a crear), se centraran más en la interpretación de la opresión que en el rastreo de las prácticas subterráneas de rechazo y rebeldía y pasaran por alto formas de malestar más balbuceantes, menos explícitas y, tal vez, para aquellos tiempos, menos «verdaderas». Pero, con todo, la práctica de la autoconciencia fue uno de los motores centrales del feminismo de los 70 y permitió diseñar planes de acción y reivindicaciones directamente conectados con la experiencia de miles de millones de mujeres: desde la espectacular quema pública de sujetadores con la que las *New York Radical Women* se dieron a conocer, hasta las redes clandestinas de planificación familiar, práctica de abortos y autogestión de la salud que florecieron en muchísimos países de Europa y Estados Unidos. Asimismo, muchas de las intuiciones que había en la formulación y práctica de estas sesiones de «té con pastas» serían el germen de toda una epistemología feminista que mujeres intelectuales de distintas disciplinas desarrollarían desde la década de 1970 hasta la actualidad.

Sería muy largo para los propósitos de este artículo recorrer la trayectoria de las distintas ramas de la epistemología feminista, que Sandra Harding clasificará en 1986,

21 Ibid.

22 Ibid.

con todas las simplificaciones y reducciones que semejante operación implica, en teoría del punto de vista feminista, feminismo posmoderno y feminismo empiricista²³. Por otro lado, se trata de una historia cuyos avatares tienen lugar en un plano fundamentalmente académico, aunque eso sí, con efectos importantes en muchas disciplinas científicas. Con todo, creemos que merece la pena mencionar, aunque sólo sea en unas líneas, algunas de sus nociones comunes, sobre todo en la medida en que desarrollan intuiciones implícitas en la práctica de la autoconciencia y sirven de inspiración en la actualidad a iniciativas de investigación social crítica, investigación militante e investigación-acción ligadas a dinámicas de autoorganización.

En primer lugar, cabe destacar la crítica despiadada (y muy fundamentada) que la epistemología feminista hace a ese ojo de la ciencia positivista contemporánea «que todo lo ve» y que se sitúa «en ninguna parte»: una imagen que, en realidad, no es sino la máscara de un sujeto de conocimiento mayoritariamente masculino, blanco, heterosexual y de clase acomodada que, en cuanto tal, ocupa una posición dominante y tiene intereses concretos de control y ordenación (de los cuerpos, las poblaciones, las realidades naturales, sociales y maquínicas...). La supuesta neutralidad de este tipo de mirada está además guiada por un paradigma de neta escisión mente/cuerpo, donde la mente debería dominar las «desviaciones» del cuerpo y sus afectos, asociados siempre con lo femenino. En un esfuerzo por hacer saltar por los aires ese sujeto conocedor desencarnado, sin caer en narrativas relativistas, la epistemología feminista propone la idea de un sujeto de conocimiento *encarnado e inserto* en una estructura social concreta (un sujeto, por lo tanto, sexuado, racializado, etc.) y que produce *conocimientos situados*, pero, no por ello, menos objetivos. Todo lo contrario: como escribe Donna Haraway, «solamente la perspectiva parcial promete una visión objetiva» y esta perspectiva parcial exige una *política de la localización* y de la *implicación* en un territorio concreto desde el que se habla, se actúa y se investiga²⁴. En relación directa con esta crítica de la mirada científica dominante, la epistemología feminista hace un especial énfasis en las relaciones de poder que hay en juego en toda investigación y, por lo tanto, en la necesidad de una organización social de la investigación basada en el paradigma de la *reflexividad* y en criterios de transparencia y de democracia. Por último, recuperando una de las prácticas subterráneas de todos los grupos sometidos, se otorga un valor central a la práctica de la relación y al relato en la producción y la transmisión de conocimiento.

El análisis institucional

Coincidiendo temporalmente con los grupos de autoconciencia feministas, el análisis institucional surge en Francia a partir de las corrientes de la pedagogía y de la

23 Sandra Harding, *The Science Question in Feminism*, Cornell University Press, Ithaca, 1986. Autoras como Nancy Hartsock, Hilary Rose, Patricia Hill Collins y Dorothy Smith representarían la teoría del punto de vista feminista, Donna Haraway y Maria Lugones el feminismo posmoderno y Helen Longino y Elizabeth Anderson el feminismo empiricista crítico. Con el paso de los años, las fronteras entre estas tres corrientes se han ido difuminando, como, por otra parte, predijo la propia Harding. Para un breve (aunque enciclopédico) repaso del «estado de la cuestión» en la epistemología feminista, véase la entrada «Feminist Epistemology and Philosophy of Science» de la *Stanford Encyclopedia of Philosophy*. Véase también Sandra Harding, *Is Science Multicultural?: Postcolonialisms, Feminisms and Epistemologies*, Indiana University Press, Bloomington, 1998.

24 Donna Haraway, «Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial», en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1995, p. 326.

psicoterapia «institucionales», como superación de ambas en un clima de gran efervescencia social y de crisis de las instituciones. Para el análisis institucional, la institución es la forma (en principio oculta) que adopta la producción y la reproducción de las relaciones sociales dominantes. Su crisis determina la apertura de un espacio crítico que el análisis institucional pretende explorar, partiendo de la propia institución para descubrir y analizar su base material, su historia y la de sus miembros, su lugar en la división técnica y social del trabajo, las relaciones que la estructuran, etc. ¿Cómo? En primer lugar, reconociendo la falsedad de la neutralidad del (psico)analista o pedagogo y la intervención que conlleva todo proceso analítico o educativo. En segundo lugar, liberando la palabra social, la expresión colectiva y una «política» (o, más bien, *micropolítica*) de los deseos, a partir de la implicación en el análisis institucional de todos y cada uno de los miembros de la institución. Tal y como escribe Félix Guattari a este propósito, «la neutralidad es una trampa: siempre se está comprometido. Vale más tomar conciencia de ello para contribuir a que nuestras intervenciones sean lo menos alienantes posible. Más que conducir una política de sujeción, de identificación, de normalización, de control social, de encarrilamiento semiótico de las personas con las que tenemos que ver, es posible escoger lo contrario, una micropolítica que consiste en hacer presión, a pesar del poco peso que se nos ha conferido, en favor de un proceso de desalienación, de una liberación de la expresión, de un empleo de "puertas de salida", es decir, de "líneas de fuga" con respecto a las estratificaciones sociales». Y también: «para un análisis auténtico [...] el problema central no sería el de la interpretación, sino el de la intervención. ¿Qué puede hacerse para cambiar esto?»²⁵.

Sin embargo, no será éste el único sentido en que el análisis institucional ligue el plano analítico al de la acción. Dados sus orígenes en la pedagogía y la psicoterapia, las instituciones que aborda en concreto son, sobre todo, la Escuela y el Hospital (psiquiátrico), pero, desde el principio, se asume el carácter no aislado de estos espacios y se entiende que el conjunto del sistema institucional se comunica y articula en el Estado. Esto conduce a una relación directa entre el análisis institucional y la militancia o acción política: en última instancia, el Estado siempre recurrirá a la violencia cuando vea peligrar la estabilidad del sistema institucional, lo cual hace imposible «descubrir» o analizar la institución sin que ello implique en determinado momento algún tipo de «enfrentamiento» y de *experiencia* en el sentido fuerte del término –por lo tanto, de acción, de militancia.

Aunque algunos libros tiendan a excluir a Félix Guattari como representante del movimiento institucionalista, será este anómalo y prolífico pensador, analista y militante quien acuñará el término «análisis institucional» en torno a 1964/1965, en una sesión de un grupo de reflexión sobre psicoterapia institucional²⁶. Y lo hará ante la necesidad de una doble demarcación: por un lado, frente a la corriente de Daumezon, Bonafé y Le Guillant (responsables del lanzamiento de la expresión «psicoterapia institucional» en los tiempos de la Liberación francesa), que limitaba el análisis a una cuestión intramuros de la institución psiquiátrica, aislándolo así del conjunto del *socius* y pretendiendo que era posible desalienar las relaciones sociales del hospital con un trabajo restringido a las distintas esferas del propio recinto; por otro lado, frente a la especialización de la práctica analítica, que la colocaba bajo la responsabilidad

25 Jacky Beillerot, «Entrevista a Félix Guattari», en Félix Guattari et al, *La intervención institucional*, p. 113 y 111.

26 En concreto, el GTPSI, Grupo de Trabajo de Psicología y de Sociología Institucionales, reunido en torno a François Tosquelles entre 1960 y 1965.

exclusiva de una persona o grupo «experto», otorgando a éste un extraordinario poder: «El análisis sólo tendrá sentido si deja de ser el asunto de un especialista, de un individuo psicoanalista o incluso de un grupo analítico, que se constituyen, todos ellos, como una formación de poder. Pienso que debe llegar a producirse un proceso que surja de lo que he llamado agenciamientos de enunciación analíticos. Dichos agenciamientos no están compuestos solamente de individuos, sino que dependen también de cierto funcionamiento social, económico, institucional, micropolítico...»²⁷. En esta línea, el análisis institucional considerará a los movimientos sociales como agenciamientos de enunciación analíticos privilegiados y encontrará ejemplos en este sentido en el movimiento feminista y en el movimiento de las radios libres²⁸.

La práctica del análisis institucional se alimentará y proliferará en el seno de la revista *Recherches* y del FGERI (Federación de Grupos de Estudio y de Investigación Institucionales), que reunía a grupos psiquiátricos que se interesaban por la terapia institucional, grupos de maestros provenientes del movimiento Freinet²⁹, grupos de estudiantes ligados a la experiencia de los BAPU³⁰, arquitectos, urbanistas, sociólogos, psicosociólogos... Este enriquecimiento llevará a incorporar dos vertientes en el proceso analítico: por un lado, una «investigación sobre la investigación», es decir, un análisis que tuviera en cuenta «el hecho de que los investigadores no pueden comprender su objeto sino con la condición de que ellos mismos se organicen, de que se cuestionen a propósito de cosas que no tienen nada que ver, aparentemente, con el objeto de su investigación»³¹; por otro, la idea de «transdisciplinarietà» en la investigación, que permitirá desbloquear falsos problemas. Es también en este contexto en el que se lanzan nociones clave que más tarde serán incorporadas por las ciencias sociales críticas: analizador, transferencia institucional, transversalidad... En concreto, la transversalidad será un principio vertebrador del análisis: «El análisis, a mi modo de ver, consiste en articular, en hacer coexistir –no en homogeneizar ni en unificar–, en disponer según un principio de transversalidad, en lograr que se comuniquen transversalmente distintos discursos [...], discursos de distintos órdenes y no solamente discursos de teorización general, sino también microdiscursos, más o menos balbuceantes, en el nivel de las relaciones de la vida cotidiana, de las relaciones con el espacio, etc.»³².

Frente a la fe de la práctica de la autoconciencia (y de mucha teoría y práctica marxista) en el plano consciente, en la importancia de hacer emerger lo latente a los niveles de la conciencia, el análisis institucional, en gran parte por sus raíces en la psicoterapia y la pedagogía, insiste e incide en la potencia de los niveles moleculares, en el valor de los microdiscursos, en el interés de un trabajo colectivo sobre la economía del deseo. En este sentido, se insistirá en la importancia del vector analítico en las luchas y en la medida en que éste puede contribuir a desbloquearlas. A este respecto, Guattari escribirá: «estoy convencido de que las luchas de clases en los países desarrollados, las transformaciones de la vida cotidiana, todos los problemas de la revolución molecular, no encontrarán ninguna salida si, al lado de los modos de teorización tradicional, no se desarrolla una práctica y un modo de teorización muy particular, a la vez individual y de

27 Jacky Beillerot, «Entrevista a Félix Guattari», cit., p. 103.

28 Sobre estos agenciamientos, véase Félix Guattari, *Plan sobre el planeta*, Traficantes de sueños, Madrid, 2004.

29 Movimiento pedagógico de escuelas cooperativas y experimentales. Fundado por el maestro comunista francés Célestine Freinet a finales de la década de 1920, alcanzará dimensiones internacionales.

30 Centros de Ayuda Psicológica Universitaria.

31 Jacky Beillerot, «Entrevista a Félix Guattari», cit., p. 96.

32 Ibid., p. 106.

masa, que, de manera continua, conduzca a una reapropiación colectiva de las cuestiones de la economía del deseo. [...] Al mismo tiempo que uno formula algo que cree justo, o se involucra en una lucha que cree eficaz, se vuelve necesario el desarrollo de una especie de "pasaje al otro", de aceptación de la singularidad heterogénea, de anti-proceso militante, que coincide con un proceso analítico»³³.

La historia del movimiento institucionalista tendrá dos fases y mayo del 68 constituirá su momento de cesura. La primera fase será fundamentalmente francesa y su práctica concreta se mantendrá en el interior de un determinado marco institucional (un colegio, una clínica...). Después de mayo del 68 encontramos, por un lado, en Francia, una tendencia al reencasillamiento del análisis institucional en el terreno de los especialistas (ya sean universitarios o profesionales de la psicología). El análisis institucional se convertirá con ello, de la mano de figuras como Georges Lapassade, René Lourau y Michel Lobrot, en un producto principalmente universitario y comercial. El problema aquí no será el de la *recuperación* de una práctica surgida al calor de dinámicas de crítica y autoorganización social (eterno falso problema), sino, de nuevo, como en el caso de la autoconciencia, la transformación del análisis institucional en un «método» formalizado y abstraído, o directamente en las antípodas, de las preocupaciones, problemas e inquietudes a partir de las cuales se formuló. Por otro lado, ya fuera de Francia (en especial, en Italia y el Reino Unido), el movimiento institucionalista se saldrá por completo del marco institucional para atacar los principios mismos de la institución y, ligado al movimiento contracultural de la década de 1970, fundar la antipsiquiatría y la educación sin escuela. Ivan Illich, David G. Cooper y Franco Basaglia serán aquí figuras de referencia³⁴.

Investigación-Acción Participante

Nacida en contraposición al productivismo y tecnicismo de la I+D (investigación y desarrollo) a finales de los años 70, la I+A (investigación-acción, a la que más tarde se añadirá la «P» de participación) es fruto de la confluencia de escuelas críticas de investigación y pedagogía social (en especial, de la educación popular y de las teorías y experiencias de Paulo Freire y su *pedagogía del oprimido*) que conquistan una fuerte presencia en América Latina, ligadas a la educación de adultos y a la lucha comunitaria contra la miseria cotidiana. Tiene claras conexiones con el análisis institucional francés, aunque sobre todo con la versión «formalizada» de Lapassade, Lourau y Lobrot, y de él tomará conceptos clave como los de analizador o transversalidad. A la península ibérica llegará ya en los años 80, de la mano de la llamada sociología dialéctica de Jesús Ibáñez, Alfonso Ortí y Tomas R. Villasante.

La IAP pretenderá articular la investigación y la intervención social con los conocimientos, los saberes-hacer y las necesidades de las comunidades locales, poniendo en primer término la acción como lugar de validación de cualquier teoría y dando así una absoluta primacía a los saberes prácticos. La objetividad de estos saberes vendrá dada, entonces, por la medida en que se han creado en grupo, a partir del diálogo

³³ Ibid., p. 105. La articulación de las revoluciones moleculares con una auténtica revolución social de masas se convertirá, tras mayo del '68, en la cuestión que más preocupe a Félix Guattari.

³⁴ Sobre el análisis institucional, su historia y algunas de sus experiencias, un libro de referencia en castellano es la recopilación de Juan C. Ortigosa (ed.), *El análisis institucional. Por un cambio de las instituciones*, Campo Abierto Ediciones, Madrid, 1977. Véanse en especial, en este volumen, los artículos de Félix Guattari y del Colectivo formación del CERFI.

interpersonal y de un procedimiento que va de los elementos concretos a la totalidad abstracta, para volver a lo concreto, pero ya en condiciones de aferrarlo y generar acción (por lo tanto, el paradigma de la objetividad da paso a la reflexividad y a la dialogicidad, troncando con la epistemología feminista). Sin embargo, obviamente, no vale cualquier acción: la acción que un proceso de IAP debe generar tiene que ser colectiva y contribuir a la transformación de la realidad, generando realidad nueva y más justa –éste constituye otro plano fundamental de validación del saber producido. De este modo, la praxis social (transformadora) es al mismo tiempo objeto de estudio y resultado de la IAP.

Otro elemento fundamental de la IAP es la ruptura con la relación sujeto (investigador) -objeto (investigado) característica de la investigación sociológica clásica: a partir del reconocimiento de la potencia de acción de todo sujeto social, se busca producir un proceso de *coinvestigación*, en el que distintos sujetos, con saberes-hacer diversos, se relacionan según criterios éticos. Los sujetos exteriores a la comunidad o realidad social que se investiga deben funcionar como elemento dinamizador, pero nunca sobredeterminante. Ello requiere una transparencia absoluta del proceso de investigación para todos los que participan en él, así como una articulación y retroalimentación constante entre el conocimiento técnico/científico que se pone en juego en el proceso (y que normalmente se trae de fuera) y los «saberes populares» ya existentes, combinando dinámicas de formación con dinámicas de autovalorización y articulación (discursiva y reflexiva) de los saberes no reconocidos y prestando permanente atención a los distintos planos de la subjetividad (que investigadores como Tomás R. Villasante dividirán en *manifiesto, latente y profundo*)³⁵.

Es cierto que la IAP, como proceso de investigación-acción formalizado, contratado por administraciones locales y empresas innovadoras, se convertirá en demasiadas ocasiones en herramienta de producción de consenso y de canalización y apaciguamiento del malestar social, en un contexto (la década de 1980) en el que las «mayorías silenciosas» empezaban a resultar inquietantes, y se hacía preciso hacerlas hablar para su mejor gobierno. Pero también es cierto que sus planteamientos iniciales, algunas de sus herramientas y ciertas experiencias de articulación de modos de acción colectivos a partir del análisis de las propias situaciones y de la combinación de saberes técnicos, teóricos y otros saberes menores (sobre todo aquellas en las que la participación no se daba por «invitación» desde las instituciones de gobierno, sino por «irrupción» de las comunidades locales –la distinción es de Jesús Ibáñez), constituyen una fuente de inspiración para todo intento de hacer de la investigación una herramienta de transformación³⁶.

Investigación militante ayer y hoy

35 Véase Tomás R. Villasante, «Socio-praxis para la liberación»; también Fals Borda, Villasante, Palazón et al., *Investigación-Acción-Participativa*, Documentación Social, 92, Madrid, 1993.

36 Puede encontrarse un excelente y sintético repaso de los elementos básicos de la IAP en Elena Sánchez Vigil, «Investigación-acción-participante», en TrabajoZero, *Dossier metodológico sobre coinvestigación militante*, Madrid, septiembre 2002, pp. 3-8. Para un análisis más exhaustivo del contexto en el que surge la IAP y de sus bases epistemológicas y metodológicas, que incluye algún ejemplo interesante, véase Luis R. Gabarrón y Libertad H. Landa, *Investigación participativa*, Cuadernos Metodológicos, nº10, CIS, Madrid, 1994.

Encuesta, coinvestigación. Composición de clase, autovalorización. Lo personal es político. Partir de sí. Transversalidad. Micropolítica y economía de los deseos. Liberación de la expresión. Líneas de fuga. Investigación-acción. Todos estos conceptos-herramienta reaparecerán en las iniciativas actuales que buscan articular investigación y acción, teoría y praxis. También muchas de las inquietudes, temas y problemas que se plantearon en los filones históricos que hemos recorrido. Resuenan de un modo extraño y, sobre todo, en un contexto totalmente diferente: mientras que las experiencias que hemos visto nacen todas en un clima de enorme efervescencia social, ligadas a movimientos sociales de masas, el terreno en el que se insertan la mayoría de iniciativas actuales pareciera más móvil, más cambiante, más disperso y más atomizado. ¿Qué tienen en común unas y otras, aparte de una serie de expresiones que estas últimas toman de las primeras, de manera no siempre ortodoxa, convirtiéndose así en sus hijas ilegítimas?

Veamos. En primer lugar, una fuerte inspiración *materialista* que, contra todo idealismo y contra toda ideología, busca el encuentro entre la cosa y el nombre, entre la cosa común y el nombre común. Es decir: en lugar de remitirse a interpretaciones del mundo sacadas de libros o panfletos (casi siempre congeladas), contrasta estas interpretaciones con los elementos de la realidad concreta y, a partir de ahí, procede de lo concreto a lo abstracto, siempre para volver a lo concreto y a la posibilidad de su transformación. De ahí, la absoluta primacía otorgada en todas las experiencias a la acción, a las prácticas: ya no se trata de que llevemos mucho tiempo interpretando el mundo y haya llegado la hora de cambiarlo (Marx *dixit*), sino que la interpretación del mundo va siempre asociada a algún tipo de acción o práctica –la pregunta será, entonces, qué tipo de acción: si de conservación del *status quo* o de producción de nueva realidad.

Tanto la aprehensión de los elementos concretos como la intervención sobre ellos se produce a través de esa máquina sensible que es el cuerpo, superficie de inscripción de una subjetividad que vive y actúa en una realidad social determinada. Por eso, en segundo lugar, podemos decir que otro elemento común es la crítica de toda teoría *desencarnada*, que pretenda (falsamente) enunciarse desde un lugar neutro desde el que todo se ve. No, señores: el pensamiento pasa necesariamente por el cuerpo y, por ello, es un pensamiento siempre situado, implicado, *de parte*. La pregunta es entonces ¿*de qué parte* nos colocamos? O, lo que es lo mismo ¿*con quién* pensamos? Con las luchas obreras, con las dinámicas de conflictividad y cooperación social, con las mujeres, con los locos, con los niños, con las comunidades locales, con los grupos subyugados, con las iniciativas de autoorganización...

La certeza de que toda producción de conocimiento nuevo afecta y modifica los cuerpos, la subjetividad, de aquellos que participan en el proceso constituiría un tercer elemento común. La coproducción de conocimiento crítico genera cuerpos rebeldes. El pensamiento sobre las prácticas de rebeldía da valor y potencia a esas mismas prácticas. El pensamiento colectivo genera práctica común. Por lo tanto, el proceso de producción de conocimiento no es separable del proceso de producción de subjetividad. Ni a la inversa. De poco sirve ir a contarle a la gente qué es lo que debe pensar, cómo debe interpretar su propia vida y el mundo, confiando en que esa transmisión de información de conciencia a conciencia sea capaz de producir algo, de liberar en algún sentido. Se trata de una operación demasiado superficial y que desprecia la potencia del encuentro entre singularidades diferentes y la fuerza de pensar y enunciar en común. De ahí el

interés de articular formas colectivas de pensamiento e investigación: las prácticas de coinvestigación, autoconciencia y transversalidad van todas en este sentido.

Finalmente, como último elemento común podemos identificar la prioridad concedida a los objetivos y al proceso sobre cualquier tipo de método formalizado. El método, abstraído del contexto y de las preocupaciones de las que nace, se convierte en un corsé que impide la verdadera conexión entre experiencia y pensamiento, entre análisis y práctica de transformación, una especie de rejilla ideológica que atora los desplazamientos ante los nuevos problemas e inquietudes que el proceso va planteando a medida que avanza. Por encima de cualquier método, están las *operaciones reales* que el proceso de investigación militante es capaz de poner en marcha. La investigación militante es, en este sentido, siempre, un viaje abierto, que sabemos de dónde y cómo parte pero no adónde nos llevará.

Efectivamente, todos estos elementos comunes entre las experiencias del pasado y las iniciativas actuales se declinan en estas últimas de manera híbrida, balbuceante y nueva. Como decíamos, el contexto es otro. Muchas de las formas de investigación militante o investigación-acción de la actualidad se formulan, de hecho, en un esfuerzo por romper con la congelación de los conflictos reales y con la caída de las realidades rebeldes en lógicas resistencialistas, identitarias y grupusculares de los 80 y gran parte de los 90, en especial en la zona norte del globo. Y por romper tanto con el activismo voluntarista que marcó aquellos «años de invierno», como con su contrapunto, una visión desapasionada del conocimiento que lo separa de los contextos vitales, productivos, afectivos y de poder. Esto, junto con una realidad social atomizada, donde las comunidades fuertes parecen haberse desintegrado para siempre y las grandes movilizaciones aparecen y desaparecen sin dejar tras de sí rastros sólidos aparentes, concede, además, una enorme centralidad al problema del «pasaje al otro», de la relación con los otros, para poder alumbrar un pensamiento-acción común que no se quede en el pequeño nosotros del grupito o grupúsculo.

En este contexto nuevo, y más allá de las filiaciones con el pasado, es posible detectar tres líneas actuales de indagación entre la investigación y la militancia, con múltiples puntos de conexión y resonancia entre sí, pero también con problemas específicos a cada una. Probemos a exponerlas de manera sumaria (y sin duda reductiva), en un esfuerzo por dibujar una pequeña cartografía de la investigación militante hoy, a modo de cierre de este prólogo³⁷:

1) Por un lado, encontramos una serie de experiencias de producción de conocimiento sobre/contra los mecanismos de dominación, que combinan la crítica del sistema de expertos, con la potenciación de saberes menores y la puesta en marcha de procesos colectivos de conocimiento, frente a la tendencia dominante a su individualización y privatización (a través de mecanismos como la legislación de patentes y *copyright* o la necesidad de construirse una trayectoria curricular en nombre propio). En este marco, se inscribiría la construcción colectiva de cartografías a caballo de procesos de movilización³⁸, pero también la combinación de saberes expertos y saberes menores que

37 Esta cartografía es la misma expuesta en Sánchez, Pérez, Malo y Fernández, «Ingredientes de una onda global», cit. Ha sido elaborado desde Madrid y eso determina enormemente su mirada. De ahí su carácter puramente tentativo, parcial y provisional.

38 Algunos ejemplos de este tipo de práctica los tenemos en los mapas del Bureau d'Etudes y la Université Tangente (utangente.free.fr) sobre las redes multinacionales, los del Grupo de Arte Callejero bonaerense (gacgrupo.tripod.com.ar) sobre las resistencias, aquél realizado sobre/contra el Fórum 2004 en

se produce en experiencias como la de Act-Up³⁹ y las iniciativas, más clásicas, pero no por ello menos importantes, de investigación para la denuncia impulsadas por grupos de activistas que intervienen en terrenos sometidos a una especial violencia estructural⁴⁰. Las jornadas celebradas en Barcelona en enero de este año, bajo el título *Investigacciò. Jornades de Recerca Activista*, constituyeron un importante encuentro de este tipo de experiencias⁴¹.

2) Por otro lado, cabe identificar un conjunto de iniciativas que persiguen producir pensamiento desde las propias prácticas de transformación, desde su interioridad, para potenciar e impulsar esas mismas prácticas en un procedimiento virtuoso de la práctica a la teoría a la práctica, en ocasiones impulsado por el encuentro singular entre subjetividades no semejantes⁴² y en otras ocasiones puesto en marcha a partir de la iniciativa de gentes que participan de la misma práctica que se pretende pensar⁴³.

3) Por último, podríamos hablar de aquellas iniciativas que toman la investigación como palanca de interpelación, subjetivación y recomposición política, que utilizan los mecanismos de encuesta, entrevista y grupo de discusión como excusa para hablar con otros y hablarse entre sí, para desafiar las distancias de un espacio social hiperfragmentado y probar a decir la propia realidad, en busca de nociones comunes que la describan y formas de resistencia, cooperación y fuga que la agujereen, dando así materialidad metropolitana al «caminar preguntando» zapatista⁴⁴.

Barcelona (www.sindominio.net/mapas) o la cartografía del estrecho (madiq.indymedia.org/news/2004/05/7005.php) en la que se está trabajando en estos momentos entre indymedia estrecho (madiq.indymedia.org) y la red dos orillas (redasociativa.org/dosorillas).

39 Organización de seropositivos, creada en Estados Unidos tras el estallido de la «crisis del SIDA» y con fuerte presencia también en Francia, donde se combina el saber médico con el saber de los propios seropositivos organizados y sus redes de amigos y familiares: para más información, véase www.actupny.org y www.actupparis.org. En el Estado español, podemos encontrar ejemplos en el mismo sentido en la experiencia del Laboratorio Urbano (donde saber arquitectónico-urbanístico, saber vecinal y saber okupa se alían para construir un urbanismo desde abajo, en contacto con la experiencia directa del habitar la ciudad: laboratoriourbano.tk) o el Grupo Fractalidades en Investigación Crítica (donde se combinan saber psico-sociológico, saberes migrantes y saberes activistas en trayectorias de investigación social: seneca.uab.es/fic).

40 Algunos ejemplos en el Estado español: Ecologistas en Acción (www.ecologistasenaccion.org) o el colectivo Al Jaima, que actúa en el área geopolítica del estrecho.

41 Véase www.investigaccio.org.

42 Una experiencia de gran interés en este sentido es la del Colectivo Situaciones, con sus talleres en colaboración con diferentes realidades de contrapoder argentinas (véase «Algo más sobre la Militancia de Investigación. Notas al pie sobre procedimientos e (in)decisiones», en este mismo volumen, pp. XX y también www.situaciones.org). Cabe señalar también otras experiencias, a modo de ejemplo: los talleres de la University of the poor –www.universityofthepoor.org– en Estados Unidos o algunas de las iniciativas de encuesta y entrevista de la revista *DeriveApprodi* (véase el texto de *Guido Borio*, *Francesca Pozzi* y *Gigi Roggero*, compañeros de *DeriveApprodi*, «La coinvestigación como acción política», en este mismo volumen, pp. XX y también www.deriveapprodi.it).

43 Esto ha sucedido, de manera no sistemática y algo a matacaballo, en los propios Centros Sociales, tanto italianos como del Estado español.

44 En este marco, se sitúan las múltiples experiencias de *inchiesta* y *conricerca* que se dan en Italia, cuya pista puede seguirse en revistas como *DeriveApprodi* y *Posse*, así como las iniciativas del colectivo alemán *Kolinko* (con su trabajo de encuesta en el telemárketing:

www.nadir.org/nadir/initiativ/kolinko/engl/e_index.htm) y, ya en el Estado español, las trayectorias incipientes de Precarias a la deriva (con su proceso de investigación-acción desde y contra la precarización de la vida: véase «De preguntas, ilusiones, enjambres y desiertos. Apuntes sobre investigación y militancia desde *Precarias a la deriva*», en este mismo volumen, pp. XX y también www.sindominio.net/precarias.htm), del Colectivo Estrella (con sus entrevistas sobre la precariedad y sobre las movilizaciones contra la guerra: www.colectivoestrella.net) y de Entránsito (con su trabajo de

Los trazos gruesos y aún torpes de esta cartografía (que precisa ser sometida al ojo crítico de tantos y tantos militantes-investigadores) se dibujan sobre un papel de estraza muy concreto: el de una composición social rica, híbrida y *virtuosa* que, atravesada por una fuerte exigencia de transformación, busca reapropiarse de su capacidad de crear mundos. Con este objeto, inventa y afila herramientas con las que interrogarse e interrogar a otros, interrogar la realidad en la que está inscrita, aferrar su superficie y acaso sacudirla. La palabra, las imágenes y la práctica de la relación están entre sus principales materias primas.

Sobre este libro

La idea original de este libro nació hace varios años, en el seno del colectivo TrabajoZero, inscrito en el Centro Social Okupado El Laboratorio, del madrileño barrio de Lavapiés. Años más tarde, con TrabajoZero ya desaparecido, la editorial de Traficantes de Sueños abrió una puerta de viabilidad para retomar el proyecto. Desde el principio, fue concebido como un intento de interpelar algunas experiencias actuales de investigación militante o investigación-acción que trabajan en una o varias de las líneas descritas, invitarlas a reflexionar sobre su propia praxis, confrontarlas entre sí y, por último, abrirlas a un común mucho más amplio, a modo de caja de herramientas, para tantos otros sujetos que ya no cuentan con demasiadas certezas, pero que están dispuestos a iniciar un recorrido incierto de búsqueda de nociones comunes contra las pasiones tristes de la fragmentación, la precarización y el miedo.

Elegimos para ello aquellas iniciativas o trayectorias que teníamos más a mano y/o que, a nuestro juicio, presentaban los caracteres más firmes de inspiración crítica del saber, inserción epistemológica y subjetiva en movimientos de lucha y autoorganización social y rechazo consciente de las deformaciones académicas. Arrancamos con una carta dirigida a todas ellas, en la que les planteábamos preguntas específicas para cada una. No todo el mundo contestó a la carta. Hubo quien propuso participar a través de una entrevista, posteriormente editada y reformulada [es el caso del Colectivo Sin Ticket de Bruselas y de la persona entrevistada en «Entre la calle, las aulas y otros lugares (Una conversación acerca del saber y de la investigación en/para la acción entre Madrid y Barcelona)»] y también quien planteó mantener un intercambio epistolar previo (el Colectivo Situaciones). De la revista *Posse*, decidimos seleccionar y traducir dos excelentes artículos de Antonio Conti, publicados en el número que dedicaron a la encuesta metropolitana hace varios años. La última entrevista fue realizada en un principio con otros propósitos y, en el último momento, por su interés y concreción, resolvimos incluirla también. El conjunto se organiza en tres apartados: en el primero, se discute sobre el interés de utilizar la encuesta y la coinvestigación como herramientas de trabajo político y de transformación; en el segundo, tres experiencias actuales de investigación militante hablan sobre su propia trayectoria y sobre cómo piensan desde ahí la investigación militante; por último, en el tercer bloque, hemos reunido tres entrevistas/conversaciones con personas o grupos que han pasado por distintas experiencias de investigación militante o investigación-acción.

El proceso de confección del libro ha durado en total cerca de un año, entre preguntas e (in)decisiones, en horas robadas a los curros pagados, al trabajo de cuidado y a otros

proyectos. Desde luego, no están todos los que son (todas las iniciativas interesantes de investigación militante). Pero este libro no tiene una voluntad representativa, sino expresiva. Queda a quienes lo leáis juzgar su interés y utilidad. Desde aquí, agradezco a todo el mundo que ha participado (conocidos y anónimos) la pasión, la paciencia y el humor.

Marta Malo
Madrid, 3 de agosto de 2004